

## *Luces de venganza*

—Con la venia de su señoría, André no ha podid... —Las palabras emitidas por Lucas se desvanecen en el aire. Las voces, ya casi imperceptibles para mí, me permiten contemplar el lugar. Es un espacio lúgubre, con sillas de madera, casi sin ventilación. No debería estar sentado en una sala de juicios, soy inocente y víctima de un rito fúnebre donde se me condena sin prueba alguna. Frente a mí, el abogado de la parte demandante es iluminado por una luz que no cesa de parpadear. La oscilación de la luz me transporta a las tardes de verano en el jardín de casa, con mi linterna de lectura y su intento por hablarme en código morse.

Mi jardín es una antítesis de este sitio, siempre hay movimiento, colores vivos y olores diferentes. Soy jardinero, y mi experiencia en el campo me advierte del peligro de cultivar mal las primeras semillas de la temporada, por lo que trato de sonreír todo el tiempo, aunque se me caiga el mundo encima. Por el contrario, el público de mi ejecución permanece inmóvil, casi ni pestañean. De pronto, no se escucha otra voz que la del juez y el revuelo de papeles en la mesa de mi abogado. Me siento como una abeja fuera de su colmena, no comprendo cómo he podido terminar aquí y por qué se me acusa. ¡Diantres! A veces estoy tan ocupado con mis rutinas que duermo con el peto del agotamiento. ¿Cómo podría ser yo un asesino en serie?

El «se pueden retirar» del juez marca el final de la jornada y guarda mis pensamientos bajo llave. Lucas, mi abogado, me comenta mientras salimos:

—Quizás esta fase haya sido compleja porque los indicios apuntan a su culpabilidad, pero no tienen ninguna prueba física en contra suya. Al no hallarse las armas con las que se cometieron los delitos y por tanto no tener objeto del delito por el cual acusarle, se le aplicará una medida cautelar provisional de privación de la libertad de forma condicionada. Solo deberá comparecer ante el tribunal de forma periódica.

—No te puedo mentir, todo esto me desespera cada vez más. ¡Diantres! He sido un ciudadano e-jem-plar, nunca he recibido una multa de tráfico, nunca he eludido la declaración de la renta, ¡nunca nada! Tras la muerte de mi esposa y mi jubilación casi no he pisado la calle. Me he dedicado entera y completamente a mis plantas. Lo poco que interactúo con el exterior es para ir de compras y a la asociación de víctimas de desahucio que me cede la casa.

—Comprendo que no sea de su agrado pasar por este proceso, pero la parte demandante le señala a usted como principal sospechoso. Sé que no tienen pruebas en contra suya porque cuento con un infiltrado, además, su perfil psicológico no ha revelado ninguna alteración.

—¿Cómo iba a revelar nada? No soy un asesino, ¡diantres, no lo soy! —empecé a sollozar casi sin poder articular una palabra.

—Yo le creo y le prometo que no irá a la cárcel, se demostrará su inocencia.

Tras recomponerme, Lucas me acompaña hasta mi coche, nos despedimos e inicio mi camino a casa. Parece mentira, pero el ajetreo de la ciudad no me permite pensar con claridad. Ni siquiera me he percatado de haber aparcado el coche enfrente de casa. Aun así, decido permanecer unos minutos en mi coche para disfrutar de la música algo más porque hace mucho que no me permito esta paz interior. Defenderé mi inocencia hasta la tumba y no permitiré que nadie perturbe mis rutinas.

Hoy es miércoles de películas y acostumbro a preparar palomitas, desempolvar el proyector y disfrutar de una película de no más de hora y media. No merezco lo que me está pasando, no voy a volver a lamentarme por nada de lo que me está ocurriendo, sé que la verdad saldrá a la luz. Me prometo que nunca dejaré de ser el André que conoció Julia, el risueño y soñador con el que se casó. Una vez hecha una promesa tan necesaria como efectiva me dirijo a la cocina donde llevo a cabo el primer paso: las palomitas. Una sartén, aceite, una pizca de sal, los granos, enciendo el fuego, mezclo todos los ingredientes y ¡plop! Las luces de la cocina parpadean y escucho debajo de mis pies otro ¡plop! más estruendoso. Hay niebla y las luces del coche son abrumadoras. Decido salir del vehículo en el que estoy sentado. Lo primero que encuentro es el cuerpo de un hombre asomando por detrás de la rueda delantera con el cráneo aplastado, los sesos desparramados por toda la carretera y la sangre creando un charco digno de matadero. Las antiniebla empiezan a fallar, no se ve nada alrededor. Me despierto con los primeros rayos de sol abrasándome la cara y con los pelos de punta. Ha sido una noche espeluznante, no recuerdo el momento en el que subí a mi habitación. ¡Las palomitas! Bajo corriendo a ver qué había pasado con ellas, pero está todo recogido y lavado, hasta el proyector que había sacado de la caja está colocado en su sitio. Creo que estoy exhausto por el juicio y las montañas de papeles que tengo que firmar y aprobar, no debería preocuparme, solo ha sido un mal sueño.

—Hola André, ¿unos filetes de aguja? —pregunta Roberto, mi carnicero de confianza, con la certeza de mi respuesta afirmativa.

—Buenas tardes Ro, eso ni se pregunta. —Como todos los jueves la conversación no se aleja del deporte y las noticias del día. Me reconforta saber que en el pueblo nadie se ha enterado de mi caso, ni de lo que se me acusa. Lucas ha logrado que no se filtre a la prensa. Gracias a esa labor puedo continuar siendo yo y vivir mi vida de jubilado en paz. Me despido afectuosamente de Roberto y me dispongo a salir, pero el ruido de una picadora de carne detiene mis pasos. Me quedo mirando fijamente como la carne picada se crea a partir de una pieza tan grande. Las luces del mostrador empiezan a parpadear. Un sonido más punzante que el de la picadora surge de la nada. Estoy en la carpintería de Juana, enfrente de su trituradora de madera. Miro dentro de la máquina, hay algo que parece un brazo, retrocedo y me salpica mucha sangre. Lo siguiente que observo con los ojos muy abiertos es carne picada acumulándose en el espacio donde debería haber solo serrín. Un cuarto blanco con luces cegadoras encuadra la cara preocupada de Roberto. Reproduce las palabras del médico de turno y se encarga de acompañarme a casa. Había perdido el conocimiento tras chocar con el mostrador del nuevo puesto de helados. Y no, mi cara no estaba cubierta de sangre.

Tras la segunda sesión de juicios siento que hay cierta esperanza. La acusación solo ha podido presentar pruebas circunstanciales. Ninguno de los peritos ha encontrado rastros de ADN en mi propiedad o los sitios que frecuento. Además, los psicólogos han reafirmado que mi perfil no corresponde al de un asesino en serie. Parecen buenas noticias, así que decido olvidarme momentáneamente de las pesadillas que me han atormentado esta semana. Es la primera vez que veo a Lucas tan contento, es un abogado de oficio, pero es el mejor en su campo. Admiro que su fortaleza resida en la seguridad que transmite al jurado. Algún día fui así de joven y vigoroso, con ganas de comerme el mundo. Ahora solo me quedan mis plantas y mi huerto.

Echo de menos a mi compañera de vida, pero sé que se reencarna en todas y cada una de las flores que germinan en primavera. Es por esta razón por la que cuido con tanta paciencia mi jardín. Con el juicio he olvidado una de las tareas más importantes para preservar la fluidez del ecosistema, retirar las hojas que han caído de los árboles. Me dispongo a buscar la horca, pero no la encuentro en su sitio. ¿Cómo es posible que un objeto de tales dimensiones haya desaparecido? Tras varias horas de búsqueda me rindo y decido hacerme la comida. Una vez sentado en la mesa del comedor enciendo la

televisión, están pasando el telediario mientras yo clavo mi tenedor en el primer bocado de mi filete. Las luces que emite la televisión empiezan a parpadear de forma descontrolada. Veo la horca, los dientes se clavan, pero no en el suelo, atraviesan los tejidos de una persona. No logro verle la cara, se retuerce de dolor y cae al suelo boca abajo con la horca iniciando su trayectoria en los glúteos y saliendo por la zona del páncreas. Otra vez, los rayos del sol y esa sensación de resaca.

Hoy es la última sesión de juicio. Mi abogado parece descifrar la sentencia final, una sentencia favorable para el demandado, yo. Ha sido un juicio extenuante para Lucas, sin embargo, en lo que a mí respecta me he dedicado a pensar en las modificaciones de mis rutinas y casi no he prestado atención. Por lo pronto, lo único que podemos hacer es esperar a recibir la resolución judicial y recurrir la sentencia firme en caso de que se me declare culpable. Las pesadillas no han vuelto a atormentarme y solo debo esperar un par de días para volver a saborear mi completa libertad. Regreso a casa con total tranquilidad y abro mi buzón con la esperanza de que la carta se haya emitido durante mi trayecto de vuelta. Hay una carta, no suelo recibir ninguna a mitad de mes. Aun así, la abro en plena acera contemplando la posibilidad de que sea una multa de tráfico. Es una carta escrita a ordenador y dice así:

*Querido André:*

*¿Crees que van a quedar impunes todos los delitos que has cometido? Estás muy equivocado. La horca ¿la recuerdas? No la has perdido, la tengo en mi poder y la presentaré como recurso para probar tu culpabilidad. Haré que vivas en tus propias carnes el calvario que atravieso desde aquel día. Me tiraste en esa fosa, desangrándome, con la horca aún clavada, y ahora no puedo ni ponerme en pie. Publicaré tu cara en todos los medios y todos en el pueblo sabrán qué clase de persona eres.*

*Fdo.: P*

Los ruidos ensordecedores del claxon de un coche y unas luces largas vibrantes ante mis ojos me traen de vuelta al mundo. Un coche desviado de la carretera cumple la misión de P.

Estoy en una habitación blanca con paredes acolchadas, no hay muebles, la puerta es negra. Una camisa de fuerza me impide moverme, pero recuerdo. Escucho de fondo la radio, anuncian mi nombre como culpable del asesinato de tres banqueros. Primero me

invade la culpa, pero poco a poco reconozco todos y cada uno de esos nombres. ¡Diantres! Disfruté asesinando a cada uno de esos miserables. Ellos tuvieron la culpa de que Julia, mi amada Julia, se tirase por la ventana de aquella vivienda que compramos con tanta ilusión y que nos arrebataron por incumplimiento de pago. Me encuentro aturdido por la cantidad de medicación que ingiero. De un momento a otro comienzo a perder el conocimiento y las luces se disipan. Guardo tu memoria y la mía, son las últimas palabras que pronuncio antes de caer al suelo. Solo veo con claridad la entrada de una silla de ruedas.